

Amigos y amigas,

Siempre es un gran gusto compartir reflexiones con pensadores y amigos tan críticos y acuciosos y de pensamiento excepcional como Lizette Brenes, Jorge Vargas y Jorge Sequeira. Justo hace un año, OCEX invitó a sus amigos a reflexionar sobre los peligros que se abrían al mundo a inicios del mandato del presidente Trump. Contábamos entonces apenas con los anuncios de sus intenciones, a partir de su campaña electoral y los primeros meses de gobierno. Ya era preocupante, pero seguía corriendo, en muchos pasillos de grupos de reflexión, la vana fantasía del peso moderador que tiene el ejercicio del cargo más significativo del planeta.

Después de un año de gestión, pensamos que sería pertinente actualizar nuestras reflexiones sobre los impactos de esa administración. Poco sospechábamos entonces que nuestros peores temores se quedarían cortos y que, día con día, nos sorprende seguirnos sorprendiendo. Ya tenemos una guerra comercial en pleno curso, la OMC está amenazada de muerte, roto el Acuerdo de París contra el cambio climático, la OTAN debilitada, la Unión Europea declarada rival y Putín estimado como potencial aliado.

Es el mundo vuelto al revés y todos los valores del orden internacional, trastocados. No voy a añadir mucho a lo que ya han dicho mis estimables colegas sobre los desafíos que enfrenta Costa Rica en la Era de Trump y, en algunos puntos tal vez me repetiré. Quiero, sin embargo, intentar trascender las peculiaridades personales del actual presidente de los Estados Unidos, tarea para la que no estoy profesionalmente capacitada, para intentar delinear lo que podríamos llamar sus principios políticos generales. Porque eso es lo más relevante: más allá de la personalidad del presidente Trump, sus acciones tienen una lógica interna. No son meros actos extravagantes, sino que corresponden a una visión del mundo y de la política.

Es el análisis sistemático de esa visión, y no los rasgos personales del presidente Trump, lo que permite comprender con mayor claridad sus políticas. Por otra parte, el gran poder de fisura que tienen esas políticas se asienta en reales fragilidades internacionales, así como en desatinos y renunciadas a atender falencias, mil veces advertidas.

Intentemos pues entender la "doctrina Trump" y busquemos navegar al otro lado del asombro que produce el impacto disruptivo que tienen sus políticas en el orden mundial construido desde la segunda Guerra Mundial.

La doctrina Trump, muy bien resumida en su eslogan "America First", consta de 5 grandes ejes:

1. En primer lugar, los Estados Unidos han establecido un sistema internacional de alianzas presente en todas las regiones del mundo. Sus países rivales, como China o Rusia, envidian ese andamiaje, dificultosamente construido a lo largo de más de 70 años. La doctrina Trump, en cambio, desprecia la fuerza que Estados Unidos deriva de sus alianzas y determina que la fuerza de Estados Unidos descansa sobre su propio peso específico en el mundo. Es la negación misma de la teoría clásica de Clausewitz que determina que el poder de un país es la sumatoria de su fuerza propia junto a la de sus aliados, tanto actuales como potenciales. Trump piensa que solo es más fuerte que en alianza. Cree que las alianzas sólo benefician a sus aliados, que son más débiles y se aprovechan para explotar, a su favor exclusivo, el peso del poderío norteamericano, sin pagar el debido peaje. Así vemos cómo con diferencia de minutos alaba al líder norcoreano Kim Jong Un como honorable caballero y se expresa de forma despectiva de Trudeau, su aliado canadiense.
2. En segundo lugar, el mundo ha construido una plataforma internacional de relacionamiento sistémico entre las naciones con organizaciones y tratados internacionales multilaterales que conforman un tratamiento equitativo entre los países. La doctrina Trump, en cambio, cree que el multilateralismo sólo favorece a los más débiles a expensas de Estados Unidos. Para él, el poderío norteamericano le permite funcionar, más a su favor, de forma bilateral. De ahí que desprecia todo lo que huele a holístico y multilateral, sea en tratados internacionales, como NAFTA o en organismos colectivos, como la OMC.
3. En tercer lugar, las relaciones internacionales y el comercio mundial se basan en un sistema de reglas y normas de conducta debidamente supervisadas por organismos multilaterales. La doctrina Trump, en cambio, siente que el poderío norteamericano no es beneficiado por regulaciones que ponen en pie de igualdad a Estados Unidos y a países económicamente más pequeños. La doctrina Trump quiere que, en cada relación, se exprese, a su ventaja, el predominio dominante de los Estados Unidos.
4. En cuarto lugar, el progreso internacional se funda en un criterio de avance colectivo, ojalá uniforme, donde todos ganen de cada condición de progreso. La doctrina Trump, en cambio, establece una visión de suma cero. Si alguien gana algo es porque otro pierde y si se quiere ganar es solamente en detrimento de la pérdida de otro. Eso necesariamente hace que todas las relaciones encierren confrontación y su resultado más probable sea la pérdida colectiva. Por eso declara ahora que Europa no es un aliado, sino un rival.
5. En quinto lugar, la comunidad de naciones busca funcionar bajo una perspectiva estratégica de largo plazo. La doctrina Trump, en cambio, persigue la ganancia

inmediata con una visión de corto plazo donde no cabe espacio para la previsibilidad de larga data.

Esos cinco grandes ejes explican un comportamiento político que es exactamente lo opuesto a las premisas que han fundado las bases del orden internacional en los últimos 70 años. Lo que cabe preguntarse es cómo una sola persona es capaz de fracturar tan peligrosamente los principios y valores que han dado soporte a las relaciones y organismos internacionales, tanto militares, como políticos y comerciales. Semejante impacto sólo puede encontrar explicación en fragilidades estructurales del orden internacional. Entender esas debilidades puede convertirse para el mundo en las lecciones que pueden derivarse de la fuerza disruptiva de la administración Trump. Veamos cuales son:

1. Es de vieja tradición diplomática y política advertir de los peligros que conlleva el impacto potencialmente desestabilizante del peso hegemónico de una sola nación. Cuando un solo país tiene absoluta hegemonía sobre las relaciones internacionales, basta un cambio en sus políticas y prioridades y todo el sistema de alianzas y relaciones se tambalea. Esto nos retrotrae al concepto histórico de búsqueda de equilibrio de fuerzas. La I y II Guerra Mundial demostraron la necesidad de complementar ese concepto con foros y organismos internacionales de prevención y resolución de conflictos. En la misma guerra fría, había equilibrio y balance, donde se trataba de encontrar armonía entre Europa y los Estados Unidos, para hacer contrapeso a Rusia, utilizando las Naciones Unidas como espacio de concertación. Ahora eso se perdió en un mundo unipolar, que muestra en Trump su cara más alarmante.
2. En segundo lugar, la fuerza disruptiva de Trump muestra la sorprendente fragilidad de las organizaciones internacionales, llámense OMC, en comercio, ONU, en diplomacia, OEA, regionalmente, cuando son sometidas al peso hegemónico de los Estados Unidos, con premisas contrarias a los valores y prioridades que fundan el orden internacional.
3. En tercer lugar, la fuerza disruptiva de Trump ha puesto en evidencia la vulnerabilidad de las mismas instituciones norteamericanas que están siendo incapaces de detener políticas contrarias a la línea histórica que les ha permitido un liderazgo positivo, basado en principios democráticos y de derecho. Un ejemplo es la materia comercial, donde ningún estamento norteamericano está siendo capaz de detener una guerra comercial que puede destruir las bases mismas de la liberalización del comercio a través de un resurgimiento "demodé" del proteccionismo, que puede echar al trasto el progreso económico de todos.
4. En cuarto lugar, ha quedado en evidencia la facilidad con que los gobiernos han dejado **degenerar** situaciones que necesitaban remediarse, y al no hacerlo, se

convierten, ahora, en los pretextos del presidente Trump. En materia comercial, salen a la luz problemas de vieja data. Doy un ejemplo: los subsidios a los productos lácteos de la provincia canadiense de Quebec, claro proteccionismo que impacta las relaciones comerciales de Canadá con Estados Unidos y es tomado por Trump como ilustración de "políticas desleales" canadienses.

Capítulo aparte merecen las relaciones comerciales de Estados Unidos con China, como expresión emblemática del agravio del primero con el déficit comercial sufrido a manos del segundo. En ese sentido, hay que reconocer que el tratamiento comercial que se ha dado a China ha estado preñado de múltiples debilidades conceptuales. Entre ellas, su reconocimiento como economía de mercado, siendo China, una economía mixta que NO es sólo de mercado. Aunque grandes sectores de su economía sí lo sean, sigue siendo, también una economía de capitalismo de estado. Los países han optado por hacer la vista gorda de precios manipulados por fuerzas políticas y no de mercado. Por otra parte, la sistemática utilización, desde hasta hace muy poco, de los bajos precios de la mano de obra china, han permitido la introducción de China en cadenas de valor por vía de la eficiencia. Esto crea situaciones de desequilibrios globales, del cual, otra vez mencionamos un ejemplo emblemático, que nos lleva al corazón de la guerra comercial actual: la inundación de los mercados internacionales por un acero subsidiado.

Quiero concluir diciendo que estamos enfrentados a tres grandes problemas: El primero es el despertar de una doctrina geopolítica que pensábamos superada. El segundo problema es la debilidad de un sistema internacional que pensábamos más sólido y se revela más vulnerable de lo imaginado. El tercer problema, y eso es lo más grave, es la ausencia en Estados Unidos o en el mundo, de iniciativas eficientes de contrapeso a la doctrina Trump, y de contrabalance a las fragilidades del orden internacional.

Esas condiciones internacionales revisten altos niveles de incertidumbre y peligrosidad. La Unión Europea se tambalea, la guerra comercial amenaza las exportaciones, la guerra civil en Nicaragua amenaza inundarnos de migrantes. Que nosotros sigamos campantes en Costa Rica aprovechando nuestras debilidades institucionales para incrementar nuestra vulnerabilidad fiscal es francamente imperdonable.

Muchas gracias.